ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA

LA ALMONEDA DEL 3.º

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

MIGUEL RAMOS CARRIÓN

Y

VITAL AZA

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
CEDACEROS, 4, SEGUNDO
1890

10

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTISTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia
3667

LA ALMONEDA DEL 3.º

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA ALMONEDA DEL 3.º

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

MIGUEL RAMOS CARRIÓN

Y

VITAL AZA

Estrenada en el TEATRO LARA el 19 de Diciembre de 1885

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1890

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
FRANCISCA	Sra. Valverde.
LEONOR	Górriz.
DOÑA PÍA	Mavillard.
ANITA	Srta. Campini.
TOMASA	Romea D'Elpás.
ENRIQUE	Sr. Romea.
DON CIRIACO	Tamayo.
ORTIZ	Galván.
DON SEVERIANO	Balada.
PICHÓN	Romea D'Elpás.
MOZO DE CUERDA 1.º	Tojedo.
IDEM 2.º	Serna.
CUATRO MOZOS, que no hablan.	

La acción en Madrid.—Época actual

ACTO PRIMERO

Sala modesta. Puerta al foro y laterales. A la derecha de la puerta del foro un armario (1). Entre éste y la segunda puerta derecha una cómoda. A la izquierda de la puerta del foro una mesa de noche, varias sillas de tapicería colocadas asiento contra asiento sobre un sofá. En el ángulo bastones, galerías y otros objetos. Entre la primera y segunda puerta de la derecha (del actor) un entredós sobre el que habrá cuadros hacinados, un quinqué, un bastidor de bordar, un caballo de cartón, etc. Primer término derecha una butaca de guttapercha, y otra de tapicería delante de la primera puerta derecha. En primer término izquierda una mesa ordinaria de pino y sobre ella un tocador antiguo y varias cortinas dobladas. Cuadros en las paredes. Sobre el entredós un grabado que representa á San Pedro Regalado. Las sillas necesarias para el juego escénico son de diferentes clases.

ESCENA PRIMERA

DON CIRIACO y DOS MOZOS DE CORDEL que cargan con varias sillas

CIR. Cuidado, ¿eh? No vayan á sufrir algún desperfecto. Ya lo saben ustedes, D. Antonio González Taravilla, calle de Leganitos, 19, piso cuarto. Hay entresuelo. Allí les pagarán á ustedes. ¡Ea! ¡Andando! (Vánse los mozos por el foro.) ¡Ah! Dejen ustedes sin cerrar la puerta de la escalera. Así me evitan el estar abriendo á cada momento. ¡No cesa esa

(1) Véase la nota colocada al final.

723469

campanilla! ¡Jesús y qué harto estoy de almoneda! ¡Gracias á que hoy es el último día!

FRANC. ¡Ay! (Grito penetrante dentro.)

CIR. ¿Qué es eso? ¡Mi hermana!

FRANC. ¡Animales! ¡Acémilas!

CIR. ¿Qué te ha sucedido?

FRANC. (Entrando.) Que esos bárbaros por poco se me llevan el pelo con las patas de las sillas.

CIR. ¿Pero te han hecho daño?

FRANC. (Que mientras habla se quita la mantilla y la coloca sobre la cómoda.) ¡No! No ha sido nada. Lo que á mí me hace daño es tener que separarme de todos estos muebles que guardan para nosotros tantísimos recuerdos.

CIR. Pues, hija, ¿qué remedio hay? ¡No habíamos de cargar con todo esto para llevárnoslo á Lugo!

FRANC. ¡Maldito sea el ministro, amén!

CIR. ¡No! Bendito sea, porque en lugar de trasladarme á una provincia pudo haberme dejado cesante, y entonces, ¿qué hubiera sido de nosotros?

FRANC. ¡Después de veintitrés años de estar en Madrid, sin que ningún ministro te tocara, venir ahora ese zascandil!...

CIR. Hermana, habla con más respeto.

FRANC. No me da la gana. Deja al menos que me desahogue.

CIR. Bueno, desahógate, pero tratemos de lo que más importa: de la almoneda. Todavía no hemos vendido más que la sillería del gabinete, la cómoda de tu cuarto y las dos mesas de noche. A este paso no acabamos en dos meses, y ya sabes que dentro de tres días termina el plazo para la toma de posesión.

FRANC. Pero, qué, ¿no ha venido nadie en toda la tarde?

CIR. ¡Sí! Más de ochenta personas. Esto es un jubileo; entran, revuelven todos los muebles, se enteran del precio, les ponen faltas y se van. ¡Te aseguro que estoy más aburrido!... ¡Y de esto tienes tú la culpa! (Con dulzura.)

FRANC. ¿Por qué? (Con sequedad.)

CIR. Por tu empeño de poner en los anuncios de los periódicos que no se admiten prenderos.

FRANC. Porque esa gente anda siempre á caza de gangas y no ofrece nunca más que una mezquindad. Recuerda si no lo que te sucedió con el prendero de ahí enfrente cuando quisiste vender esta sillería para comprar otra. Sólo llegó á ofrecerte treinta y cinco duros, y ya sabes que te costó cuarenta el año cincuenta y tres.

CIR. Pues al fin y al cabo tendremos que apelar á ese recurso y venderlo todo por lo que quieran darnos, y salir de una vez de esta situación.

FRANC. (Contemplando los muebles.) ¡Nada! ¡No me acostumbro á separarme de todo esto!

CIR. Pues, hija mía, paciencia.

FRANC. Mira esta butaca. ¡En ella pasé yo los cuarenta días cuando la torcedura del pie! ¡Esa es la mesa de donde te caiste el año pasado al colgar el espejo! ¡No hay un solo mueble que no tenga para nosotros algún recuerdo agradable!

CIR. Pues los dos que has citado no son muy gratos que digamos.

FRANC. Y además, no me acostumbro á la idea de salir de Madrid.

CIR. Vamos, mujer, ¿quién sabe si será para tu bien? Aquí no has logrado encontrar un marido en tantos años: tal vez en Lugo tropieces con un gallego que quiera cargar contigo.

FRANC. Ciriaco, no seas estúpido. Ya sabes que esas bromas no me hacen maldita la gracia.

CIR. ¡No! Si no lo digo en broma. ¡Bien sabe Dios que lo deseo con toda mi alma! Tal vez yo entonces me decidiera á casarme también.

FRANC. ¡Sí! ¡Bueno estás tú ya para eso! ¡Pensar en casarse á los cincuenta y dos años!

CIR. Mujer, ¿no lo piensas tú á los cincuenta?

FRANC. No los he cumplido todavía.

CIR. Es verdad, te faltan tres meses.

FRANC. No, señor, cuatro.

CIR. Bueno, no riñamos por treinta días más ó menos.

FRANC. Sobre todo, ya que me obligas á ello, te lo diré. La razón más poderosa que tengo para sentir el marcharme ahora, es que veía la posibilidad de conseguir lo que no he logrado en tanto tiempo.

CIR. ¿Cómo?

FRANC. ¡Sí, señor! Un partido muy ventajoso para mí.

CIR. ¿Eh?

FRANC. El Sr. Ortiz.

CIR. ¿El vecino de abajo?

FRANC. ¡El mismo!

CIR. ¡Ilusiones!

FRANC. No, señor, realidades.—Siempre has de creer que son ilusiones mías el suponer que alguno me hace el amor. (Picada.)

CIR. ¡Como siempre ha resultado así!

FRANC. ¡Pues ahora no! ¡No te quepa duda! Ortiz me mira con buenos ojos. Sus continuas visitas de estos últimos días, demuestran además que tiene algún interés.

CIR. ¡Ya lo creo! El interés del cuatro por ciento en los títulos que yo le he negociado.

FRANC. Bueno, esos títulos habrán sido el pretexto para subir aquí con frecuencia.

CIR. Pero mujer, por Dios, si el Sr. Ortiz es un hombre ya de mi edad...

FRANC. La mejor para casarse.

CIR. ¿Pues no decías antes que yo?...

FRANC. ¡Pero él es viudo!

CIR. ¡Ah! ¡Sí! Es cierto, el ser viudo rejuvenece á cualquiera.

FRANC. Ya ves si me conviene esa boda.

CIR. Sin duda.

FRANC. Un hombre de buena posición, fino, bien conservado, de buen caracter.

CIR. Sí, sobre todo el caracter. Siempre se le está oyendo reñir con todo el mundo... El otro día que bajé cuando estaba almorzando, ya recordarás que te lo dige, cogió una fuente y la tiró por el balcón porque se empeñó en que la merluza estaba pasada.

FRANC. ¡Así me gusta!

CIR. ¿Cómo? ¿Te gusta que esté pasada la merluza?

FRANC. No. Me gustan los hombres de genio vivo, que en un pronto son capaces de cualquiera barbaridad... Si nosotros estamos riñendo siempre es porque tú tienes ese caracter así, tan de sangre de horchata.

CIR. ¡Claro! Si yo tuviera el genio fuerte, ya nos hubiéramos tirado los trastos á la cabeza. Y á propósito de trastos; pasa á todos estos un plumero, porque con el polvo parecen más viejos de lo que son. Con tanto entrar y salir gente se pone todo perdido.

ORTIZ (Fuera.) ¿Hay permiso?

CIR. Adelante. ¡Es Ortiz!

FRANC. (¿Eh? Ahora no vendrá por el cuatro por ciento.)

CIR. Adelante, adelante, vecino.

ESCENA II

DICHOS, ORTIZ

ORTIZ Muy buenas tardes.

CIR. Muy buenas.

FRANC. Para servir á usted.

ORTIZ Pero, ¿qué es esto? ¿Aún no se ha concluído la venta?

CIR. Apenas se ha empezado. No puede usted figurarse lo impertinentes que son los compradores. Por el solo hecho de hacerse almoneda, suponen que se deben dar los muebles de balde.

ORTIZ Eso es, y con dinero encima, ¡já, já, já! (Rien también Francisca y don Ciriaco.)

CIR. Ha habido una persona que por el aparador y la vajilla ha ofrecido cinco duros á plazos.

ORTIZ Tiene gracia, ¡já, já, já! (Como antes.)

FRANC. (¿Ves cómo tiene muy buen caracter?)

ORTIZ (Con violencia.) Pues si me los llega á ofrecer á mí, á puntapiés baja rodando por las escaleras.

CIR. (Aparte á Francisca.) (¡Muy bonito caracter!)

FRANC. Pero, tome usted asiento, señor Ortiz.

ORTIZ Muchas gracias. ¿Estaban ustedes ocupados?

CIR. No, señor.

ORTIZ Es que sentiría molestarles.

CIR. De ninguna manera.

FRANC. Usted no molesta nunca. (Se sientan los tres. Don Ciriaco en el medio. Breve pausa.) ¿Y la niña, qué tal?

ORTIZ Muy bien. Al piano, como siempre. Tocando *La Mascota*. Estoy ya de *Mascota* hasta aquí. ¿No la oyen ustedes?

FRANC. No, desde aquí nunca oímos nada, ¿verdad?

CIR. No, nada, nunca.

ORTIZ Pues empieza á las nueve de la mañana y no lo deja mas que para comer y asomarse al balcón á mirar á ese monigote que le pasea la calle. ¿No le han visto ustedes?

CIR. No...

FRANC. No hemos advertido...

ORTIZ Pues, es raro, porque todo el barrio lo conoce. Es un muñeco que se ha propuesto sin duda burlarse de mí. No contento con estarse ahí enfrente dos ó tres horas todos los días y seguirnos á donde vayamos todas las noches, los domingos y fiestas de guardar, en que se conoce que está desocupado, se pone de centinela desde que amanece y no nos abandona hasta que volvemos del teatro. ¡No se le puede aguantar!

CIR. Verdaderamente es pesado.

ORTIZ Por fortuna, supongo que ya habrá desistido de volver por acá.

FRANC. ¿Pues?

ORTIZ Porque anoche me lo encontré hablando con la portera, y cogiéndole así por las solapas, (Cogiendo á don Ciriaco.) le dige: Oiga usted, monigote, zascandil, mamarracho, si vuelve usted á parecer por el barrio le rompo á usted media docena de costillas. (Zarandeando á don Ciriaco.)

CIR. ¡Bien dicho! (Aparte á Francisca.) ¡Muy bonito caracter!

ORTIZ Yo soy una persona muy pacífica, incapaz de faltar á nadie; pero crean ustedes que hay cosas que le sacan á uno de quicio. Les aseguro que mi situación no tiene nada de

agradable. Un hombre viudo con una hija casadera, ni vive ni descansa.

FRANC. Es mucha verdad.

ORTIZ Mi hija es una criatura sin experiencia y no puedo dejarla un momento sola; así es que vivo sacrificado, y mucho más desde que ese mequetrefe ha logrado fijar su atención; porque la niña, desgraciadamente, no le rechaza ni mucho menos. Y ya comprenderán ustedes que yo no voy á permitir esos amores, ni otros, á una chiquilla de dieciocho años..

FRANC. Es mucha verdad.

ORTIZ La mujer no debe casarse sino cuando ya tenga conocimiento del mundo.

FRANC. Es mucha verdad.

ORTIZ A una edad razonable.

FRANC. ¡Madura! (Dando con el codo á don Ciriaco.)

ORTIZ Eso es. ¡Madura!

CIR. (¡A lo que estamos!)

ORTIZ Ahora es cuando yo echo de menos á mi pobre mujer. No se puede usted figurar la falta que hace en una casa una señora de respetabilidad, de orden, de gobierno.

FRANC. Sí, me lo figuro, sí.

ORTIZ Una señora que acompañara á mi hija, que hiciera las veces de madre, en la que yo pudiera confiar para dedicarme libremente á mis negocios.

FRANC. ¡Eso! Eso es lo que necesita usted.

ESCENA III

DICHOS y MOZO 2.º

MOZO Buenas tardes. Vengo por lo que dejó comprado el señor de la calle de Válgame Dios.

FRANC. (¡Válgame Dios, y qué oportunamente viene este animal!) (Levantándose. Don Ciriaco y Ortiz permanecen sentados.)

CIR. ¿Y qué es ello?

FRANC. El espejo y las cortinas del gabinete.

CIR. Anda, vé y que lo coja. Yo quedo aquí con el señor Ortiz.

FRANC. ¿Usted no se marchará todavía?

ORTIZ Todavía no.

FRANC. Pues, voy con su permiso.

ORTIZ ¡Ah! No vayan ustedes á distraerse y vendan á cualquiera ese armario. Ya saben que me quedo con él.

FRANC. Pierda usted cuidado, pero díle lo que tiene. (A don Ciriaco.) Vamos. (Al Mozo.) (Vanse Francisca y el Mozo, puerta primera izquierda.)

ESCENA IV

ORTIZ y DON CIRIACO

CIR. (Levantándose y yendo con Ortiz hacia el foro.) Es verdad, debo advertir á usted que tiene una falta. Vea usted. (Abriendo el armario.) Ayer al traerlo aquí desde el ropero, le dieron un golpe esos animales de mozos y saltó una de las tablas de arriba. (Coge el bastón de Ortiz y lo mete por el hueco del tablero para que el público lo vea.)

ORTIZ Eso no importa.

CIR. Por lo demás, es un mueble sólido, con una magnífica cerradura inglesa y muy á propósito para colgar la ropa de caballero.

ORTIZ Por eso me gusta.

CIR. Mi hermana — que es una alhaja para estas cosas — tenía colocada aquí toda mi ropa, con un esmero y un orden, porque usted no sabe lo que vale Francisca para el gobierno de una casa. Bien lo ha demostrado la pobre esta temporadita que hemos tenido con nosotros á mi cuñada y á los dos chiquitines. Francisca no ha descansado un momento; estoy por decir que cuidaba de los niños más que su propia madre; y eso que el pequeñito, sobre todo, nos ha dado unas noches... Como estaba con los colmillos!... Pues ella, nada, con la paciencia de una santa...

ORTIZ ¡Sí! Ya he observado.

CIR. (¡No dirá que no la preparo el terreno!)

ORTIZ Precisamente, querido vecino, hace tiempo que vengo acariciando una idea que se relaciona con su hermana de usted.

CIR. (¡Caracoles! Pues esta vez no se ha equivocado Francisca.) Usted dirá. Sentémonos. (Se sientan.)

ORTIZ (Yo no creo que se ofendan. ¡Y si se ofenden, que se vayan á paseo!) La cosa es un poco delicada y por eso no me he atrevido á indicarle á ella nada hasta conocer la opinión de usted.

CIR. ¡Favorable! ¡Favorable desde luego! Siendo cosa de usted...

ORTIZ Sin embargo, ciertas proposiciones... Porque en la posición de ustedes podría resentirles el que yo... ¡Y á mí no me gusta molestar á nadie! (Con violencia.)

CIR. ¡No, no señor, nada de eso!

ORTIZ Pues, bien; su hermana de usted reune todas las circunstancias que yo necesito.

CIR. Muchas gracias. (No vuelvo de mi asombro!)

ORTIZ Por su educación, por su caracter...

CIR. ¡Angelical! ¡Angelical!

ORTIZ Por su aplomo, por su edad.

CIR. ¡Sí! Se conserva bastante bien.

ORTIZ Precisamente para mi objeto no me serviría una jóven

CIR. (Asombrado.) ¿No?

ORTIZ ¡No, señor! Porque hay que pensar en todo. El mundo es malicioso, y si yo admitiera en mi casa á una señora de menos respetabilidad que su hermana de usted, podría sospecharse que buscaba algo más que una ama de llaves.

CIR. (Sorprendido y disgustadísimo.) ¡Ah! ¡Vamos! ¡Ya comprendo! Lo que usted desea, es...

ORTIZ Sentiré que el nombre que he dado á ese cargo le parezca ofensivo. Llamémosla, como los franceses, señora de compañía... Mi objeto es entregarle el gobierno de la casa, confiarle mi hija y tratarla con toda clase de consideraciones, á más de recompensar sus servicios como ustedes estimen conveniente.

CIR. ¡Ya! ¡Ya! (¡Si Francisca lo sabe le araña!)

ORTIZ Ruego á usted, pues, que si considera aceptable mi proposición, se la indique á su señora hermana...

CIR. ¡Ay, no, no señor! Eso de ninguna manera.

ORTIZ ¿Pues?

CIR. (¡Me mataba!) Comprenda usted que partiendo de mí la proposición pudiera Francisca suponer que me impulsa el deseo de librarme de su carga... ¡Como yo la sostengo!

ORTIZ ¡Basta! Esto ya me lo temía yo. Respeto su delicadeza y desisto decididamente! (Levantándose.) Ya he dicho á usted que no me gusta ofender á nadie. (Incomodado.)

CIR. No, señor; si yo no me ofendo, ni usted debe desistir tampoco. (¡Es una lástima perder esta proporción!) Si usted cree preciso que sea yo el que se lo indique, buscaré la manera, porque... la pobrecilla me quiere mucho y lo que más sentirá es separarse de mí.

ORTIZ Bueno, pues haga usted lo que quiera. Ya conoce usted mi deseo.

CIR. Comprendido perfectamente.

ORTIZ ¿Cuándo se marchan ustedes?

CIR. Mañana por la noche.

ORTIZ Pues tenemos por delante veinticuatro horas, tiempo más que suficiente para convencerla en el caso de que ella oponga algún reparo.

CIR. Sí, sí; déjelo usted de mi cuenta.

ORTIZ Bueno; pues en usted confío... Hasta luego; volveré con la niña para que vea las macetas, porque me ha dicho que desea quedarse con algunas.

CIR. Con las que quiera.

ORTIZ Hasta después. (Vase Ortiz.)

CIR. Vaya usted con Dios, señor de Ortiz, que usted lo pase bien. (Despidiéndose desde el foro.)

ESCENA V

DON CIRIACO, solo

¡Pues digo si sería una ganga para mí el dejar también colocada á mi hermana! Pero

va á sufrir una desilusión cuando se lo diga. ¡Ella que creía que este señor la miraba con otras intenciones! ¡Cómo ha de ser! Hay mujeres que vienen á este mundo para no casarse nunca. Y yo debo pensar seriamente en su porvenir. No tiene más apoyo que el mío. Mañana me muero yo... Es decir, no. ¡Caracoles! ¿Por qué me he de morir yo mañana? Pero, en fin, que el día que suceda, la infelíz se queda sola en el mundo. — Sí, señor. Decididamente le conviene y á mí también, porque me quedo libre, ¡sólo! ¡con lo que he soñado tanto tiempo!

ESCENA VI

DICHO, FRANCISCA y MOZO 2.° cargado con espejo envuelto en unas colgaduras.

FRANC. (Con mucha amabilidad.) ¡Cuidadito! ¡Cuidadito! ¡No vaya usted á romper la luna! (Vase el mozo por el foro.) Pero, ¿qué es eso? ¿Se ha marchado el señor de Ortiz?

CIR. Sí, hace un momento.

FRANC. ¡Es claro! se habrá cansado de esperarme. Ese hombre ha tardado media hora en envolver el espejo. — Y vamos á ver, ya te habrás convencido de que yo no me hacía ilusiones.

CIR. No, ¿eh?

FRANC. Bien claro se ha explicado.

CIR. Ya lo creo, muy claro.

FRANC. Ya le oiste decir que en su casa hace falta una señora, y no sé si observarias las miraditas que me echaba al decirlo.

CIR. No, eso no lo he observado.

FRANC. Pues, sí. Me miraba de una manera muy significativa y se lamentaba de su viudez.

CIR. Eso sí.

FRANC. Y sus ojos expresaban su profunda simpatía hacia mí.

CIR. Sí, simpática, sí; le eres muy simpática. El mismo me lo ha dicho.

FRANC. ¿De veras? ¿Habeis hablado de mí? (Muy contenta.)

CIR. Hemos hablado.

FRANC. ¿Y qué te ha dicho? ¿Qué?

CIR. Pues... (¿cómo la entraré yo?) Me ha dicho que necesita una señora.

FRANC. ¿Lo ves?

CIR. (¡Malo!) Una señora de tus circunstancias.

FRANC. Sigue, sigue.

CIR. De tu edad.

FRANC. Que es la edad en que, según él, deben casarse las mujeres. . Ya se lo oíste.

CIR. Sin embargo...

FRANC. No seas estúpido. Siempre has de llevarme la contraria en todo. Si eso no es hacerme indirectamente una declaración, que venga Dios y lo diga.

CIR. (¡Vaya! Pues que venga Dios y que se lo diga, que lo que es yo no me atrevo á decírselo.) Voy al comedor á ordenar la vajilla. Si me necesitas llámame.

FRANC. ¡Vete bendito de Dios! ¡Que no sirves más que para quitarme las ilusiones!

CIR. (¡Nada; es inútil! ¡A Lugo, á Lugo con ella!) (Vase puerta segunda izquierda.)

ESCENA VII

FRANCISCA, sola

FRANC. Por más que diga mi hermano, veo tan seguro esto, tan seguro que... ¡ojalá tuviera tan seguro el premio gordo de la lotería!

SEV. (Dentro.) ¿No hay nadie por aquí? ¿Se puede entrar? ¿Dan ustedes su permiso?

FRANC. ¡Adelante! ¡Adelante!

ESCENA VIII

FRANCISCA y DON SEVERIANO

SEV. Servidor de usted, señora mía.

FRANC. Beso á usted la mano.

SEV. Estoy á los piés de usted. ¿Es la dueña de

la casa á quien tengo la honra de dirigirme?

FRANC. Servidora de usted.

SEV. Muy señora mía.

FRANC. ¿Qué deseaba usted?

SEV. He visto anunciada la almoneda y vengo á ver si encuentro algún mueble que convenga á mis aficiones. Poseo una riquísima colección de indumentaria, numismática y arqueología.

FRANC. (¿Qué será lo que tiene este hombre?)

SEV. Soy entusiasta de las épocas prehistóricas; y por esta razón me inclino siempre á la India y al Egipto, siendo los asirios, al presente, el objeto de mis disquisiciones.

FRANC. Vaya, pues tome usted asiento.

SEV. Gracias. (Sentándose.)

FRANC. Pero me parece que aquí no encontrará usted nada de eso que busca.

SEV. ¡Ah, señora! ¡Quién sabe! Donde menos se piensa, encuentra el sabio, aunque me esté mal el decirlo, preciosidades, sin valor á los ojos de los profanos.

FRANC. ¿Sí, eh?

SEV. No va usted á creer lo que voy á decirle.

FRANC. Sí, señor, ¿por qué no?

SEV. Tres años hace, y en una pobre almoneda de la calle del Amparo, antes de la Comadre, descubrí entre objetos verdaderamente despreciables, nada menos que lo que algunos autores han llamado un *farontícolo*.—¿Usted no sabrá lo que es un *farontícolo*?

FRANC. No, señor.

SEV. No tiene nada de particular.

FRANC. ¡Ah! ¡Vamos! Será una cosa de poco más ó menos.

SEV. No, no es eso. Digo que no tiene nada de particular que usted lo ignore. *Farontícolo* es una pieza de metal conque los egipcios cerraban á manera de broche las cajas que guardaban sus momias.

FRANC. ¿Sí, eh?

SEV. Sí, señora. ¡Un hallazgo de indiscutible importancia! Pues bien, ¿qué pensará usted que dijo la Academia cuando le presenté esta

verdadera joya de la indumentaria faraónica? ¿Qué pensará usted que dijo?

FRANC. Cualquier cosa.

SEV. Usted juzga perfectamente con esa frase despreciativa la opinión de aquel alto cuerpo. ¡Ah, señora! La injustamente llamada docta Academia, ha tenido el valor de afirmar que lo que yo sostengo y sostendré siempre como verdadero *farontícolo*, es ni más ni menos que un picaporte viejo.—¡Cuánta ignorancia! ¡Cuánta!...—Pero dispense usted, señora, estas digresiones de un pobre anticuario.

FRANC. ¿Cómo anticuario? ¡Pues si está usted muy bien conservado!

SEV. Gracias, señora, pero no es eso.—Vamos á ver; ¿no tiene usted algún mueble antiguo?

FRANC. No, señor, todos están en muy buen uso; nuevecitos, se puede decir.

SEV. Me refiero á muebles de otra época.

FRANC. Eso sí. Conservamos algunos de la época...

SEV. ¿De cuál, de cuál?

FRANC. De la época en que vivíamos en Soria.

SEV. ¡Hola! ¿Ustedes son de Soria? Quizás tengan ustedes algún bargueño.

FRANC. ¿Barreños? Sí, señor, hay varios en la cocina.

SEV. ¡No! ¡No! Bargueños, bargueños.

FRANC. ¡Ah! ¡Ya! (¿Qué será eso?) Pues sí, señor.

SEV. ¿Sí?

FRANC. Teníamos media docena, pero se los han llevado todos.

SEV. ¡Qué lástima! ¿Por qué no habré yo venido antes?—Y diga usted, señora...

FRANC. (¡Caramba! ¡Y qué pesado es este caballero!)

SEV. ¿Tienen ustedes cornucopias?

FRANC. No, señor, también se nos han concluído.

SEV. ¡Qué lástima, hombre! ¡Qué lástima! ¿Y cuadros, no hay alguno?

FRANC. Sí, señor, vea usted. (Señalando los que hay en las paredes.)

SEV. No, no es esto lo que yo busco.

FRANC. (Levantándose.) Venga usted al comedor, allí tenemos un cromo precioso que representa á Adán y Eva en el Paraiso.

SEV. ¡Por Dios, señora! Si lo que yo busco es algún cuadro antiguo.

FRANC. Pues, hombre, me parece que más antiguo que Adán y Eva...

SEV. ¡Vaya, vaya! No nos entendemos.

FRANC. Eso lo estoy yo notando hace rato, pero pase usted y verá todo lo que hay.

SEV. No, gracias; siendo cosas modernas creo inútil el molestarme, es decir, el molestar á usted. Conque, señora, celebro haber tenido el gusto... Estoy á los piés de usted... Tengo el honor de ofrecerle mis respetos...

FRANC. Vaya usted con Dios.

SEV. (Por lo visto aquí lo único antiguo que hay es esta señora.) A los piés de usted. (Vase.)

ESCENA IX

FRANCISCA y luego ENRIQUE por el foro

FRANC. Pero, hombre, esta gente que quiere cosas viejas ¿por qué no se irá al Rastro?

ENR. Señora... (Con timidez.)

FRANC. ¿Quién? (Volviéndose.)

ENR. Gente de paz... Digo, un servidor de usted.

FRANC. Pase usted adelante.

ENR. Gracias.

FRANC. (¿Dónde he visto yo esta cara?) ¿Qué deseaba usted?

ENR. Pues... deseo... yo vengo... porque... (¿Cómo le digo yo á lo que vengo?)

FRANC. Usted dirá.

ENR. Mire usted... Yo querría... si usted quisiera... En fin, señora, yo no sé mentir, y voy á hablar á usted con toda franqueza.

FRANC. Hable usted.

ENR. Yo soy el que hace el amor á la señorita de abajo.

FRANC. ¡Ah! ¡Vamos! Yo bien decía que no me era usted desconocido.

ENR. ¡Sí! En esta calle me conocen todos.

FRANC. ¡Ya lo creo!

ENR. Y mi objeto al subir aquí era, es decir, es...

FRANC. Vamos, hombre, explíquese usted.

ENR. Pues bien, señora, yo no sé mentir.

FRANC. Ya me lo ha dicho usted antes.

ENR. Hubiera podido, con el pretexto de la almoneda, entrar aquí sin dar ninguna clase de explicaciones y hablar con Leonor desde uno de los balcones que càen al patio...

FRANC. ¡Hombre!

ENR. Pero he preferido decírselo á usted con toda franqueza para que no extrañe que me esté un ratito por ahí dentro. Siempre andamos así, á salto de mata, porque como el papá de mi novia es tan bruto...

FRANC. Oiga usted, caballerito. El señor de Ortiz es una persona dignísima, y yo no puedo permitir que usted le califique de ese modo.

ENR. (Turbado y balbuciente.) Sí, señora, sí... Es muy digno, muy buena persona, pero yo no sé por qué me tiene tirria...

FRANC. Porque no quiere que usted entretenga á la niña.

ENR. Pero, señora, si la niña me quiere, y yo la quiero á ella... ¿Por qué el padre no ha de querer?

FRANC. Porque son ustedes demasiado jóvenes para que esas relaciones se formalicen.

ENR. No lo crea usted. Yo no soy ningún chiquillo. Ya he entrado en quintas; soy recluta disponible.

FRANC. Bien, pero la posición de usted supongo que no será todavía...

ENR. Sí, señora; tengo mi sueldecito seguro. Estoy empleado en las oficinas de *La Soconusca*.

FRANC. *¿La Soconusca?* ¿Y qué es eso?

ENR. Una fábrica de chocolate, es decir, los dueños aseguran que es de chocolate; pero... ¿quiere usted unas pastillitas? Siempre las llevo en el bolsillo: á Leonor le gustan mucho. (Saca un cucurucho.) Tome usted.

FRANC. No, gracias; después de lo que usted ha dicho...

ENR. Tómelas usted sin escrúpulo. No son nocivas. Las hacemos de bellota tostada y de castañas.

FRANC. De manera que dan ustedes la castaña.

ENR. Y la bellota.

FRANC. Me gusta usted por lo franco.

ENR. Ya he dicho á usted que yo no sé mentir. Con que si usted me permite, voy á ver... si ella me espera en el balcón.

FRANC. Perdone usted; pero sabiendo que el papá se opone, yo no puedo autorizar...

ENR. Señora... Hágase usted cargo de nuestra situación. Comprenda usted que estamos verdaderamente enamorados. Y ya sabe usted lo que es el amor. Usted también habrá tenido amores en su tiempo...

FRANC. ¿Cómo en mi tiempo?

ENR. Y después... y ahora mismo, porque usted todavía...

FRANC. Bien, bien.

ENR. Permítame usted pasar; si no es más que un ratito.

FRANC. No estará mal ratito. Usted perdone, pero ya sé que es usted muy pesado.

ENR. ¿Eh?

FRANC. ¡Sí! Se pasa usted todo el santo día en la calle.

ENR. Quiá, no señora, ¡ojalá!; pero con la oficina no es posible. Entro á las ocho de la mañana, salgo para almorzar á las doce, vuelvo á la una, y me estoy allí hasta las siete, con que ya ve usted. Sólo veo á mi novia al ir á la oficina, á la hora del almuerzo, á la de comer y por la noche.

FRANC. ¡Si le parece á usted poco!

ENR. Sí, señora. Felizmente los domingos y días festivos como hoy, se los dedico por completo. Esta mañana cuando vino el burrero para la señora del principal, ya estaba yo ahí enfrente. Hoy pensábamos hablarnos con tranquilidad por uno de los balcones del patio; Leonor me aseguró que no pondría usted ningún reparo; que es usted muy amable, y muy cariñosa, y muy buena.

FRANC. (Lo sabrá por el padre.)

ENR. ¿Con que, si usted me permite?

FRANC. Bueno, hombre, bueno. Váyase usted al bal-

cón, pero cuidando de que no se entere el Sr. Ortiz.

ENR. ¡Ya lo creo! Por la cuenta que me tiene. ¡Después de lo que me sucedió ayer!... Por poco si tenemos un lance. Gracias á que yo soy prudente y me aguanté; pero ha jurado que si vuelve á verme me estrangula, y lo hará; sí, señora, porque es muy bru... ¡muy digno! pero me tiene tirria. Con que, señora, muchísimas gracias.

FRANC. Ande usted, hombre, ande usted, y despache pronto. (Le indica la puerta segunda de la derecha.) Por allí.

ENR. Muchísimas gracias, señora, muchísimas gracias.

ESCENA X

FRANCISCA, PICHÓN y ANITA (del brazo).

PICHÓN Buenas tardes, señora.

FRANC. ¡Ah!—Muy buenas.

PICHÓN Con permiso de usted vamos á ver lo que hay por aquí. (Observan los muebles de la derecha.)

FRANC. Son ustedes muy dueños.

PICHÓN Mira, Anita, mira qué muebles tan bonitos. Me parece que todo esto es demasiado lujoso para nosotros.

ANITA Por verlo no se pierde nada.

PICHÓN Es verdad, con no comprarlo...

ANITA Ay, Pichón, qué bien estaría en nuestro gabinete este entredós.

PICHÓN ¡Sí! Pero entredós... entre dos que bien se quieren, con uno que no tenga dinero basta. No te ilusiones, hija, no te ilusiones.

ANITA Demasiado sé que con tu sueldo no podemos aspirar á mucho.

PICHÓN Sí; lo que es aspirar... puedes aspirar á todo la que quieras.

FRANC. ¿Qué clase de muebles buscan ustedes?

PICHÓN Diré á usted... no queremos precisamente ningún mueble determinado. Recorremos

hace tiempo todas las almonedas; vemos lo que hay, y...

ANITA Y si encontramos alguna ganga, la compramos.

FRANC. (Vaya. Estos al menos lo dicen con franqueza!)

PICHÓN Hace cuatro meses que nos casamos y estamos poniendo casa poquito á poco.

ANITA Tan poquito á poco que sólo tenemos puesta la alcoba.

FRANC. Es bastante.

PICHÓN Hoy hemos visitado ya siete almonedas.

ANITA Yo estoy rendida.

FRANC. Pues tomen ustedes asiento. (Les pone las sillas algo distantes.)

PICHÓN Muchas gracias.

ANITA (Soltándose del brazo.) (¡Tenemos que separarnos!) (Se sientan.)

PICHÓN ¡Caramba, señora! ¡Qué buenas cosas tiene usted!

ANITA Yo, por mi gusto, me las llevaría todas.

PICHÓN ¡Ya sentirá usted bastante tener que desprenderse de todo esto!

FRANC. ¡Ay, mucho, sí, señor! Pero no hay más remedio. Mi hermano es empleado en Hacienda y le han trasladado á provincias. ¿Cómo íbamos á cargar con todo esto?

PICHÓN ¡Es claro! ¡Pesa mucho!

ANITA Es una calamidad esto de depender del gobierno. Veinte años hace que estábamos tan tranquilos en Madríd, y ahora váyase usted á Lugo.

PICHÓN ¿Quién? ¿Yo?

FRANC. ¡No, hombre, no; nosotros!

PICHÓN ¡Ah! ¡Sí! Dispense usted.

ANITA Este Pichón es lo más distraido.

PICHÓN Estaba mirando aquel cuadro... ¿Qué santo es?

FRANC. San Pedro Regalado... Lo doy por tres pesetas.

ANITA (Para ser regalado, me parece caro.)

FRANC. Si se animan ustedes lo descuelgo.

PICHÓN No, no se moleste usted. Si fuera San Ramón Nonnato nos lo llevaríamos, porque

como hace ya cuatro meses que nos hemos casado...

ANITA — No digas tonterías, Pichón. (Levantándose.)

PICHÓN — ¿Has descansado ya?

ANITA — ¡Sí!

PICHÓN — Pues apóyate. (Dándole el brazo.)

ANITA — ¡Ay! Diga usted, señora. ¿Tienen ustedes enseres de cocina?

FRANC. — Sí, está completa. De eso no hemos vendido nada todavía.

ANITA — Si te parece, veremos. (Á Pichón.)

PICHÓN — Sí, veamos.

FRANC. — Pasen ustedes por ahí. Adentro está mi hermano.

ANITA — Vamos, Pichón.

FRANC. — No se arrullan ustedes poco. ¡Se conoce que se quieren mucho!

PICHÓN — Mucho, sí señora.

ANITA — ¿En qué lo ha conocido usted?

FRANC. — En que no cesa usted de llamar pichón á su marido.

ANITA — Si es que se apellida así.

FRANC. — ¡Ah! ¡Ya!

PICHÓN — Sí, señora. Soy un servidor de usted, Celestino Pichón y Palomeque, calle de la Paloma, 23, cuarto quinto.

FRANC. — (Vamos, sí, en el palomar.) Pasen ustedes. ¡Ciriaco! (Llamando.) Ahí va esa parejita... (de palomos.) (Vanse por la puerta segunda izquierda.)

ESCENA XI

FRANCISCA, luego ORTIZ y LEONOR, después ENRIQUE

FRANC. — Voy á avisar al otro tórtolo, que ya se entretiene demasiado. (Se dirige puerta segunda derecha.)

ORTIZ — (Dentro.) No seas tonta, estás así perfectamente.

FRANC. — ¿Eh?

ORTIZ — (Dentro.) Estos señores son de confianza.

FRANC. — ¡Jesús! El Sr. Ortiz y ese hombre ahí dentro. (Cierra la puerta segunda derecha.)

ORTIZ Pasa, pasa... (Á Leonor.)

FRANC. ¡Ah! La niña.

LEON. Señora...

FRANC. (Besándola ruidosamente.) Hija mía, cuánto gusto tengo en verla por aquí.

ORTIZ No quería subir porque estaba en ese traje. ¡Estas muchachas son lo más impertinentes!

FRANC. Pues si está usted elegantísima.

LEON. Muchas gracias.

FRANC. (¡Dios mío! ¡Que no salga!)

ORTIZ Aquí tienes á doña Paquita. La señora de quien te he hablado tantas veces.

LEON. Sí: papá me ha hecho muchos elogios de usted. Me ha dicho que es usted muy amable, y muy cariñosa y muy buena.

FRANC. Usted me favorece. (Bien decía yo que lo sabía por el papá.) ¡Qué sorpresa tan agradable verla á usted por aquí!

ORTIZ Pues ya dige antes á su hermano de usted que subiría luego con la niña...

FRANC. No me ha dicho nada. (Si ese torpe me lo hubiera advertido no habría dejado pasar á ese títere.) Pero, tomen ustedes asiento. (Va á dar una silla á Ortiz y la coge él, sentándose de espaldas á la izquierda.)

ORTIZ Deje usted, por Dios.

FRANC. (Al dar la silla á Leonor.) (Ahí dentro está él.)

LEON. (¿Quién?)

FRANC. *(¡El Soconusco!)*

LEON. ¡Dios mío! (Gritando sorprendida.)

ORTIZ ¡Eh!

LEON. ¡Dios mío... (Transición.) qué revueltos tiene usted todos los muebles!

ORTIZ ¡Naturalmente, mujer! ¿Cómo quieres que estén en una almoneda?

LEON. Sí, es verdad.

FRANC. ¡Claro!

ORTIZ Mira, aquel es el armario que he comprado á estos señores.

LEON. ¡Muy bonito!

ORTIZ Ya he avisado al mozo, que luego subirá por él. (Saca un puro.)

FRANC. Cuando usted guste.

ORTIZ ¿A usted le molesta? (A Francisca.)

FRANC. A mí no me molesta nada. (El Sr. Ortiz, para encender el cigarro, vuélvese hácia la izquierda.)

ENR. (Que sale.) (¡Valiente plantón! ¡Huy! ¡El padre!) (Se retira vivamente.)

ORTIZ Pues Leonor viene con objeto de que le enseñe usted las macetas, porque desea elegir algunas.

FRANC. Todas están á la disposición de usted, hija mía. (¡Cómo me lleno la boca con esto de hija mía.)

LEON. Por lo que he podido observar desde abajo, cuida usted las flores con mucho esmero.

ORTIZ A esta lo que más la entusiasma son esos claveles reventones que tiene usted en el balcón del patio. ¡Vamos á verlos! (Levantándose.)

FRANC. (¡María Santísima!) (¡Está él allí!) (Rápido á Leonor.) Permítanme ustedes que vaya yo delante. Como todos los muebles andan por enmedio. (A Leonor.) (Entretenga usted á su papá.) (Entra puerta segunda derecha.)

LEON. ¡Pues me gusta la compra que has hecho! Mucho, mucho me gusta. (Mirando el armario.) ¿Dónde piensas ponerlo?

ORTIZ En mi gabinete, y arrinconaremos aquel otro armatoste.

FRANC. Ya pueden ustedes venir. (Desde dentro.)

LEON. (¡Ay, respiro.)

ORTIZ ¡Anda! Vamos á ver los reventones. (Entran Ortiz y Leonor puerta segunda derecha.)

ENR. (Puerta primera derecha.) (¿Reventones, eh? A mí sí que me revienta si llega á encontrarme. ¡También es desgracia la mía! ¡Decididamente, donde estoy más seguro es en la calle! Allí al menos puedo correr.) (Vase hacia el foro.)

PÍA (Dentro.) ¿No hay nadie por aquí?

ENR. ¡Esa voz! ¡Santa Bárbara bendita! ¡La patrona de la calle de la Sartén! (Se dirige puerta segunda izquierda y tropieza con Pichón y Anita.)

ANITA ¡Ay!

PICHÓN ¡Qué barbaridad!

ENR. ¡Ustedes dispensen! (Vase por la puerta primera izquierda.)

ESCENA XII

PICHÓN, ANITA, CIRIACO y DOÑA PÍA

PÍA. Buenas tardes. (Entrando.)

ANITA Muy buenas. (Pichón lleva una sillita de guttapercha, con agujero en el asiento, de las que usan los niños para hacer sus necesidades. Y ustedes dispensen.)

PICHÓN (Á Ciriaco.) Beso á usted la mano.

CIR. Vayan ustedes con Dios.

ANITA Vamos, Pichón. (Vanse por el foro Pichón y Anita.)

ESCENA XIII

DON CIRIACO y DOÑA PÍA, tuerta del ojo derecho, pero sin que la falta de éste resulte repugnante. Después ORTIZ, LEONOR y FRANCISCA.

PÍA. ¿Es usted el que hace la almoneda?

CIR. Servidor de usted. ¿Deseaba usted alguna cosa?

PÍA. Deseo varias. Mire usted, y hasta es posible que me lo lleve todo.

CIR. ¿Cómo?

PÍA. Le advierto á usted que yo no soy ninguna prendera, que tiene usted su casa, para lo que usted guste mandar, en la calle de la Sartén, núm. 19, principal de la derecha, y soy bien conocida en todo el barrio.

CIR. No lo dudo, señora.

PÍA. Yo tengo casa de huéspedes, ¿sabe usted? y la tenía muy bien amueblada, gracias á Dios; pero me metieron en un lío hace dos meses, en que intervino la curia ¿está usted? y me embargaron todo lo que había en la casa ¿comprende usted?

CIR. Sí, sí, ya me voy enterando.

PÍA. Bueno; pues ese es el motivo de tener que amueblar la casa de nuevo; porque á mí huéspedes nunca me faltan, gracias á Dios, y tengo personas que me protejan. Por eso le digo á usted que me quedaré con todo si

nos arreglamos en los precios; es decir, si no pide usted ninguna barbaridad.

CIR. Señora, yo...

PÍA. Es que le advierto á usted que yo sé lo que son muebles, porque estuve pa casarme con un ebanista, y he andao con trastos toda mi vida y tengo muy buen ojo pa estas cosas.

CIR. Bueno, bueno, pues vea usted.

PÍA. ¡Ah! Y tenga usted presente que yo lo que compro lo pago siempre á tocateja y en buena moneda; que en las cuestiones de dinero soy muy mirada. ¡Ojalá que lo fueran conmigo los muchos que me han dejao á deber! Usted no sabe cómo está el ramo de huéspedes.

CIR. Yo no.

PÍA. ¡Anda por ahí cada tipo! Por supuesto, que yo cuando no me cobro en dinero me cobro en escándalo. El otro día me tropecé en la calle de la Montera con un estudiante de farmacia que me debe doce duros, y le puse verde. Tal jaleo se armó que se arremolinó toda la gente y llegaron á juntarse siete tranvías; en fin, que nos llevaron á la prevención:

CIR. (¡Lástima que la hayan soltado!) Bueno, bueno, vaya usted viendo lo que le convenga, y después hablaremos. (Doña Pía durante lo que resta de escena observa con atención todos los muebles, haciéndolos cambiar de sitio y de posición, de modo que la cómoda cubra la entrada de la puerta segunda derecha y las dos butacas intercepten el paso de la primera del mismo lado.) (Entran por la segunda puerta de la derecha doña Francisca, Leonor y Ortiz. Éste lleva en el ojal un gran clavel rojo, y Leonor varios en el pecho.)

FRANC. ¡No faltaba otra cosa! Ese es un obsequio que hago yo á Leonorcita.

LEON. Muchas gracias.

FRANC. Luego mandaré que bajen los tiestos.

CIR. Señorita, ¿cómo está usted?

LEON. Bien, ¿y usted?

CIR. Perfectamente. ¿Vienen ustedes de ver las macetas, eh?

LEON. Sí, señor, y se ha empeñado en regalármelas.

CIR. Pues es claro. ¡Qué florido va usted, señor de Ortiz!

ORTIZ ¡Ya, ya!

FRANC. (¡Si supiera el lenguaje de las flores, comprendería lo que quiere decir ese clavel que le he dado: *Amor volcánico.)*

ORTIZ (A don Ciriaco.) ¿Le ha dicho usted ya algo de aquello?)

CIR. (Todavía no.)

ORTIZ Bueno, pues hasta luego.

CIR. ¿Pero se van ustedes tan pronto?

ORTIZ Sí, estará tal vez esperando la profesora de piano.

FRANC. Pues, hija mía, ya sabe usted dónde tiene su casa... es decir, por pocas horas se la ofrezco, porque mañana nos marchamos...

ORTIZ ¡Quién sabe, quién sabe!

FRANC. ¿Cómo?

ORTIZ Vamos, niña, que es muy tarde.

LEON. Adiós.

FRANC. Adiós, hija mía. Adiós, señor Ortiz. (Besándola ruidosamente. Sale con ellos hasta el pasillo y vuelve al momento.) ¿Has oído, Ciriaco, has oído? ¡Este hombre está á punto de declararse!

CIR. (¡Pss! Que hay gente.)

FRANC. ¡Ah! (Reparando en doña Pía, que en este momento da fuertes golpes en el asiento de la butaca para probar los muelles.)

CIR. (Luego hablaremos de eso.) Aquí tienes á esta señora, que tal vez se quede con todo lo de la casa, si nos convenimos en el precio.

FRANC. Yo lo celebraré.

PÍA Para servir á usted, señora; estoy viendo estas cosillas.

FRANC. Es usted muy dueña.

PÍA ¿Usted será la esposa de este caballero? Por muchos años.

FRANC. No, señora; soy su hermana.

PÍA ¡Ah, ya! Pues por muchos años también.

FRANC. Gracias.

PÍA Todo esto lo he visto ya.

FRANC. (Sí, y lo ha revuelto.)

CIR. Pasemos al comedor y luego verá usted las otras habitaciones. Por aquí.

PÍA ¿No tienen ustedes ninguna *cónsola?*

FRANC. No, señora; (estamos desconsolados.) (Entran por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA ÚLTIMA

ENRIQUE sale por la segunda puerta de la izquierda, luego ORTIZ, DOS MOZOS DE CORDEL y DON CIRIACO.

ENR. ¡Caracoles! Si llega á verme la patrona, se arma aquí el gran escándalo y me desacredito, me desacredito. ¡Yo que la dejé debiéndole cuatro meses de pupilaje! ¡Pues buena es ella! La temo tanto ó más que al padre de mi novia. ¡A escape, á la calle! (Va hacia el foro y oye á Ortiz.)

ORTIZ (Dentro.) ¡Don Ciriaco! ¡Don Ciriaco!

ENR. ¡Dios me valga! ¡El papá otra vez! (Va á entrar por cualquiera de las dos laterales de la derecha, y al ver que no puede, duda un momento y se mete en el armario, que doña Pía habrá dejado abierto al examinarlo.) ¡Aquí me meto! (Cerrando la puerta.)

ORTIZ ¡Don Ciriaco! (En el foro, seguido de los mozos.)

CIR. ¿Qué hay?

ORTIZ Me he encontrado á los mozos y he vuelto. (Echa la llave al armario y se la guarda.) Carguen ustedes con esto. (Los mozos separan el armario de la pared y lo vuelcan para liarlo.)

CIR. Buen mueble se lleva usted.

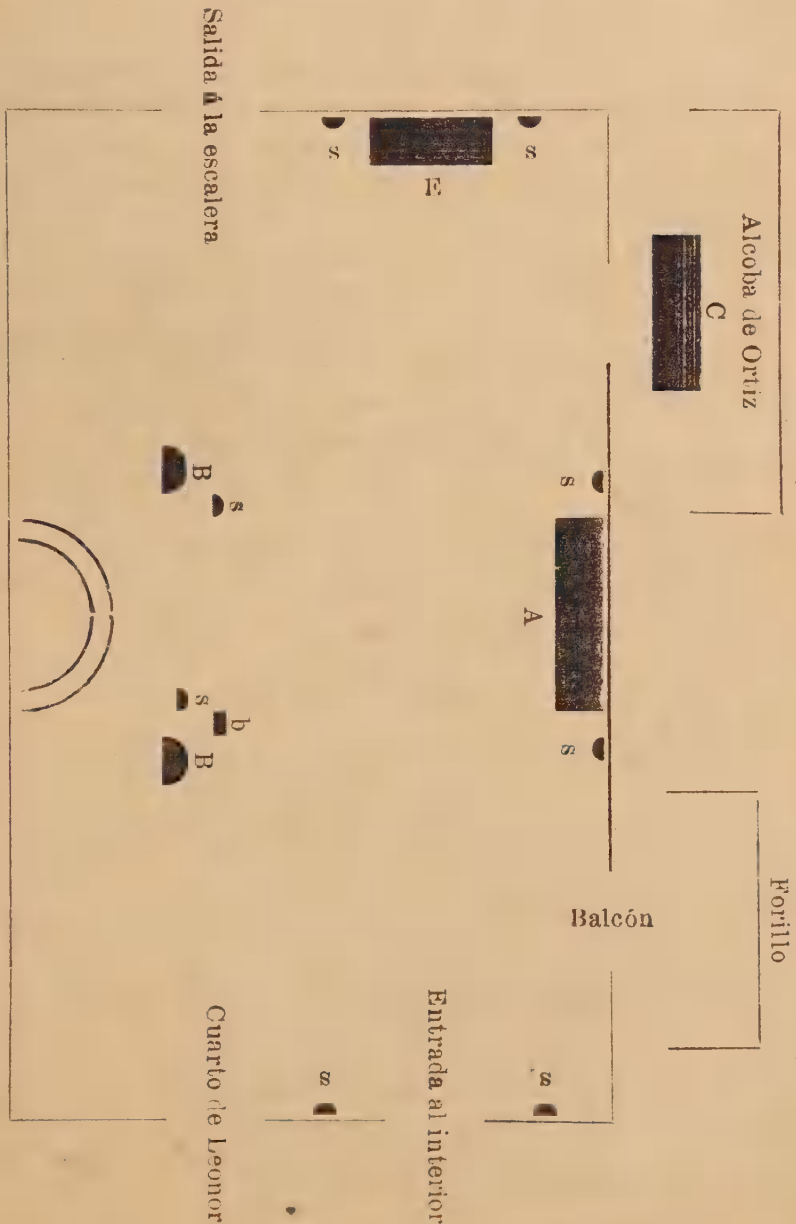
ORTIZ A la niña le ha gustado mucho. ¡Mucho!

(TELÓN RÁPIDO)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Gabinete elegante, dispuesto en la forma que marca la siguiente lámina:



ESCENA PRIMERA

ORTÍZ, en mangas de camisa y poniéndose la corbata. Sobre una silla, el chaleco, la americana y el sombrero. ENRIQUE dentro del armario. Al levantarse el telón se oye dentro, hacia la izquerda, el duo de los «Pavos» de la «Mascota» ejecutado al piano con gran fuerza y poca expresión

ORTIZ (Después de arreglarse un rato en silencio.) ¡Maldita sea la *Mascota*, amén! ¡Y que no madruga mi queridísima hija para darme tormento! No son más que las ocho, y hace más de media hora que está con ese endiablado sonsonete. (Una ligera pausa, durante la que sigue vistiéndose.) ¡Ay qué zarzuelita de mis pecados! (Tararea algunos compases distraído.) ¡Caracoles! ¡Pues no estoy yo cantándolo también! (Se acerca á la puerta primera, izquierda.) ¡Leonorcita! ¡Hija mía! ¿Quieres hacerme el favor de callarte? (Cesa el piano.) ¡Gracias á Dios! (Toca Ortíz un timbre que debe haber sobre el entredós.) Pues á fe que tengo yo hoy un humorcito... A las seis de la mañana ya estaban los de arriba con los trastos de un lado para otro... Por lo visto, ya han encontrado quien cargue con ellos.

ESCENA II

DICHOS y TOMASA, puerta segunda, izquierda

TOM. ¿Se puede? (Con unos zorros.)

ORTIZ Sí.

TOM. ¿Qué deseaba usted?

ORTIZ Ya puede usted hacer la limpieza. Yo me voy á la peluquería y vuelvo pronto. ¡Cuidadito con lo que le tengo encargado!

TOM. Sí; señor. No se me olvida.

ORTIZ Si la señorita se asoma al balcón ó habla con ese títere por el ventanillo, he de saberlo yo, ¿eh? ¡Conque, mucho ojo!

TOM. Vaya usted descuidado.

ORTÍZ (¿Dónde he puesto yo mi petaca? ¡Ah! ¡Aquí está!)

TOM (Que ha empezado á limpiar los muebles, tararea el duo de la «Mascota.»)

ORTÍZ ¿También esta? ¡Vaya! ¡Esto ya no se puede aguantar! (Vase puerta primera, derecha.)

ESCENA III

TOMASA y ENRIQUE, que apenas sale Ortíz asoma la cabeza por la parte superior del armario. Tomasa sigue cantando y dando fuertes golpes con los zorros en el armario

ENR. ¡Gracias á Dios que se ha marchado ese hombre! ¡Chís! ¡Chís! (Tomasa sigue limpiando.) ¡Chís! ¡Chís! ¡Tomasa! (En voz baja.)

TOM. ¿Eh? (Mirando alrededor.)

ENR. ¡Tomasa! (Más fuerte.)

TOM. (Viendo á Enrique.) ¡Ave María Purísima! ¡El señorito Enrique!

ENR. ¡Calla! ¡Calla! ¡Mira á ver si se ha marchado ya esa fiera!

TOM. ¡Jesús! Pero...

ENR. Ya te explicaré. Vé si se ha ido tu amo. (Tomasa va á la puerta de salida y vuelve.)

TOM. Sí, señor; ya han cerrado la puerta de la calle.

ENR. ¡Ay! ¡Respiro!

TOM. ¿Pero, la señorita sabe?...

ENR. ¡No, hija, nadie lo sabe más que yo! ¡Llámala, llámala, que venga en seguida!

TOM. ¡En el nombre del Padre, y del Hijo y del...!

ENR. Déjate de exclamaciones y haz que venga tu señorita al momento.

TOM. Voy, voy... (Desde la puerta primera, izquierda.) ¡Señorita! ¡Señorita!... ¡Pero si yo no vuelvo de mi asombro! (Mirando á Enrique.)

ESCENA IV

DICHOS y LEONOR

LEON. ¿Qué quieres?

TOM Mire usted. (Señalando á Enrique con el dedo.)

LEON. (Asustadísima.) ¡El! ¡Tú! ¡Ah! ¡Dios mío! (Cae desmayada sobre la butaca.)

ENR. ¡Leonor!

TOM. ¡Señorita, por Dios!

ENR. ¡Abanícala, mujer, abanícala! (Tomasa le hace aire con el delantal.)

LEON. Pero... mi papá...

TOM. (Dirigiéndose á Enrique.) Ya ha vuelto...

ENR. (Disponiéndose á ocultarse.) ¡Eh!

TOM. Ya ha vuelto en sí.

ENR. ¡Ah!

TOM. Su papá ha salido. Tranquilícese usted, por Dios.

ENR. Sí, tranquilízate, y no me culpes, no me culpes sin oirme.

LEON. Pero, ¿cómo estás ahí? (Levantándose.)

ENR. Muy mal, muy incómodo. Figúrate.

LEON. No digo eso.

ENR. ¡Ah! ¡Ya! Pues estoy porque ayer en el cuarto de arriba, por no encontrarme con tu papá, me ví precisado á ocultarme... El, sin saberlo, llegó, echó la llave, cargaron los mozos conmigo... y aquí me tienes.

LEON. ¡Desde ayer!

ENR. ¡Hace catorce horas! Ya estoy entumecido. Busca la llave y sácame...

LEON. ¡La llave! La tiene mi papá, de seguro. ¡Ay, qué compromiso!

ENR. ¡Pues, prueba con otra á ver si es posible!...

LEON. Tienes razón. Tomasa, trae el llavero que tengo en mi cuarto, anda pronto... (Vase Tomasa.)

ENR. Yo he procurado en vano toda la noche hacer saltar la cerradura. Es muy fuerte.

LEON. Claro, como que es inglesa. Por eso temo que no sirva ninguna llave.

ENR. Pues estoy divertido.

LEON. ¡Ay, Enrique, si te descubre mi papá!..

ENR. ¡Me deshace!

LEON. ¡Dios nos saque con bien!

ENR. ¡Dios me saque á mí!

LEON. ¡Qué noche habrás pasado!

ENR. ¡Horrible! Tu papá ronca de un modo atroz. Yo aprovechaba esa circunstancia para forzar la cerradura; pero nada, todo inútil...

LEON. ¡Pobre Enrique!

ENR. Y gracias á que por estar rota esta tabla podía de vez en cuando asomar la gaita por aquí...

LEON. ¡Cómo! ¿Pero tienes ahí una gaita?...

ENR. No, mujer, quiero decir que sacaba la cabeza.

LEON. ¡Ah! Vamos.

TOM. (Saliendo.) Aquí está el llavero.

LEON. Trae acá. (Se lo coge y empieza á probar todas las llaves.)

ENR. Gracias que á tu padre no se le ha ocurrido abrir... Yo estaba temiéndolo de un momento á otro.

LEON. Nada, no sirve ninguna.

ENR. ¿Y qué vamos á hacer?

TOM. Avisaré á un cerrajero.

LEON. De ningún modo. ¡Qué va á pensar de mí!

ENR. Tienes razón, pero yo no puedo estar aquí más tiempo.

LEON. ¿Y si en tanto vuelve mi papá?

TOM. Ha dicho que tardaría poco, que sólo iba á la peluquería.

LEON. Yo tengo muchas ganas de llorar.

ENR. Pues con lágrimas no se consigue nada. Serénate, serénate.

TOM. Sí, señorita, pensemos con calma...

LEON. Yo estoy muerta de miedo.

ENR. Y yo de miedo y de... de sed. Me he comido una infinidad de pastillas de chocolate y tengo un ardor de estómago que me abraso.

LEON. ¡Ay! ¡Pobrecito! Tomasa, anda y trae agua. De ahí, del cuarto de papá.

(Entra en la alcoba Tomasa y trae el verre d'eau.)

LEON. ¡Enrique! ¡Enrique!

ENR. ¡Leonor! ¡Leonor! Esto me va á costar mi cesantía. En mi oficina no toleran ni la más ligera falta y debía estar á las ocho en punto.

LEON. ¡Y sabe Dios á qué hora podrás ir!

ENR. Si es que salgo de aquí vivo, que ya lo voy dudando.

LEON. Calla por Dios.

TOM. Aquí está esto. (Trayendo el agua.)

ENR. A ver si me reanimo un poco, porque estoy muy malo. (Leonor coge la botella y el vaso, se sube en una silla y dá de beber á Enrique.)

LEON. ¡Bebe!

ENR. ¡Ay! ¡Gracias!

LEON. (A Tomasa.) ¿Pero no hay más llaves pequeñas en la casa?

TOM. Ya sabe usted que casi todas las tiene el señor en el llavero que lleva siempre consigo.

ENR. Dáme más agua.

LEON. Toma. (Suena dentro la campanilla,) ¡Han llamado!

TOM. Sí.

ENR. ¡Será tu padre!

TOM. De seguro.

LEON. Ve á ver. (Sale Tomasa corriendo.) ¡Ocúltate, ocúltate, por Dios! (A Enrique.) (Salta de la silla con la botella en una mano y el vaso en la otra.)

CIR. (Dentro.) ¡No es necesario, deje usted, pasaremos!

ESCENA VI

DICHOS, FRANCISCA y DON CIRIACO, cada uno con dos tiestos muy grandes con flores.

LEON. ¡No es papá!

FRANC. Señorita...

LEON. ¿Son ustedes?

CIR. Servidor de usted.

LEON. (Distraida ofreciéndoles agua.) ¿Ustedes gustan?

FRANC. Muchas gracias.

CIR. Venimos á traer á usted las macetas...

LEON. ¡Ay! Pero ¿por qué se han macetado, digo, molestado ustedes? (Deja el verré d'ean sobre el entredós.)

FRANC. No es molestia, hija mía.

LEON. Tomasa, coge esos tiestos y colócalos en el armario.

FRANC. ¿Cómo?

LEON. Digo, en un balcón. (¡No sé lo que me digo!)

TOM. ¿En cuál?

LEON. En el del comedor... (Tomasa entra y sale llevándose los tiestos y después la botella y el vaso.)

CIR. ¿Y su papá de usted?

LEON. Ha salido. ¡Pero va á volver muy pronto! (Con sentimiento.)

CIR. Pues siento no poder esperarle. Tengo que ir á ver cómo ha dispuesto el ordinario los bultos de ropa.

FRANC. Sí, anda, y por Dios que tenga cuidado con los colchones, no vayan á mojarse.

CIR. Tú me esperas aquí, ¿eh?

FRANC. Sí; es decir, si no molesto...

LEON. Sí... no... no me molesta usted. (¡Ay, qué buena señora!)

CIR. Pues hasta luego, señorita.

LEON. Usted lo pase bien.

FRANC. Vete con Dios. (Vase don Ciriaco primera puerta derecha.)

ESCENA VII

LEONOR, FRANCISCA Y ENRIQUE

FRANC. Con permiso de usted voy á sentarme, porque estoy rendida. (Se sienta en la butaca de la derecha.) Estamos en pié desde las cinco de la mañana, y gracias á que ya hemos concluído la dichosa almoneda. Arriba está la que se han quedado con todo. Por supuesto, hemos hecho un negocio de lo más desdichado que puede usted figurarse. ¿Cuánto dirá usted que nos han dado por todo el mobiliario, que no valía menos de quince mil reales?

LEON. No sé... (Muy acongojada.)

FRANC. Pues cuatro mil quinientos.

LEON. (Se echa á llorar. queriendo contenerse.)

FRANC. Es una barbaridad, pero hija mía, no hay más remedio que consolarse y tomar las cosas como vienen. Mire usted, con esto y con todo transijo yo, menos con la idea de dejar á Madrid. ¡Lo siento con toda mi alma!

LEON. (Se echa á llorar ruidosamente.)

FRANC. ¡Pero, hija, por Dios!—(¡Pues no es poco sensible esta criatura!) No llore usted... (Levantándose.)

LEON. ¡Ay! ¡Si usted supiera lo que me pasa!

FRANC. Pero ¿le sucede á usted algo?

LEON. ¡Ya lo creo!

FRANC. ¿Qué ocurre?

LEON. Yo voy á decírselo á usted.—Usted es muy buena, y muy amable, y muy cariñosa...

FRANC. Vamos, ¿alguna cuestioncilla con el novio?

LEON. No, señora, de él se trata, pero no es eso.

FRANC. ¿Pues qué es?

LEON. ¡Que está aquí!

FRANC. ¿Dónde? (Enrique se asoma.)

LEON. ¡Mírelo usted! (Francisca se sorprende.)

FRANC. ¿Qué es esto?

LEON. ¡Protéjanos usted, por Dios!

ENR ¡Sí, protéjanos usted!

FRANC. ¡Señorita! (Con severidad.)

LEON. ¡Si yo no tengo la culpa, ni él tampoco!

ENR. ¡Ni yo!

FRANC. Pues entonces, no comprendo...

LEON. Ayer, en su casa de usted, huyendo de mi papá, se metió ahí.—Mi papá echó la llave, y los mozos le trajeron á casa.

FRANC. Pues, hijo mío, buenos tumbos habrá usted dado por la escalera.

ENR. ¡Estoy magullado!

LEON. ¡Por Dios, ayúdeme usted á sacarle!

FRANC. ¿Pero cómo? ¿Dónde está la llave?

LEON. La tiene papá. Pues ese es el compromiso. ¡Figúrese usted, si viene y le encuentra ahí, con el genio que tiene, lo mata!

FRANC. ¡Ya lo creo que lo mata!

ENR. ¡Vaya un consuelo que me dan ustedes!

FRANC. Pero ¡calle! Ahora que recuerdo. Esa cerradura tenía dos llaves. La otra está aquí, en mi llavero.

LEON. ¡Ay, señora! ¡Usted nos salva! (Abrazándola.)

ENR. ¡Dios se lo pague á usted!

LEON. ¡Déjeme usted que la abrace!

ENR. ¡Abrázala, abrázala también en mi nombre!

FRANC. (Sacando el llavero.) Pues no está aquí. La tiene mi hermano.

LEON. ¡Buena la hemos hecho!

FRANC. Tenemos que esperar á que vuelva.

LEON. ¿Y si mi papá viene antes?

FRANC. (Poniéndose muy seria.) Si viene... allá ustedes; yo no me meto en este asunto, ni quiero cargar con responsabilidades. Si su papá de usted llegase á descubrir esto, no podría disculparlo de ningún modo, porque al fin y al cabo se trata del novio de su hija, que ha pasado una noche oculto en su casa; y esto, como ustedes comprenden, es muy grave, gravísimo.

ENR. ¡Señora! ¡No nos eche usted un sermón encima de lo que nos está pasando!

LEON. ¡No me aflija usted más!

FRANC. Yo digo lo que debo decir, y para que el señor Ortiz no pueda suponer nunca que he tenido que ver en este asunto, ahí se quedan ustedes... y compónganse como puedan.

LEON. ¡No, por Dios! (Deteniéndola.) ¡No nos abandone usted en esta situación! ¡Yo se lo agradeceré toda mi vida!

ENR. ¡Y yo también!

LEON. ¡Hágase usted cargo de mi angustia! (Llorando.)

FRANC. ¡Vaya! Me han enternecido ustedes.—Haremos lo que se pueda. A ver si mi hermano llega á tiempo.

ESCENA VIII

DICHOS, TOMASA y luego DOÑA PÍA

TOM. Señora. (Dirigiéndose á Francisca.) Ahí viene preguntando por usted una mujer, que desea hablarla.

FRANC. ¡Una mujer!

TOM. Sí, señora, una así de facha ordinaria, y tuerta ella.

ENR. (¡María Santísima! ¡Mi patrona!) (Se oculta.)

FRANC. Es la que me ha comprado los muebles.—Voy, con permiso de usted.

LEON. ¡No, por Dios! ¡No nos deje usted solos, puede venir papá. Que entre un momento. (A Tomasa.)

TOM. ¡Adelante! (Desde la puerta.) Pase usted por aquí. (Se acerca á Leonor y le pregunta aparte.) ¿Está ahí todavía el señorito?

LEON. ¡Sí! ¡Todavía! (Vase Tomasa.)

PÍA Buenos días tengan ustedes.

FRANC. ¿Qué hay?

PÍA Pues, hay que—mire usted—yo soy muy formal en mis negocios, y me gusta que lo sean conmigo.

FRANC. No comprendo...

PÍA Porque mi dinero es tan bueno como el de cualquiera, ¿sabe usted? y gracias á Dios, puedo llevar la frente muy alta.

FRANC. Llévela usted.

PÍA No, si lo que yo quiero llevarme es otra cosa.

FRANC. Usted dirá...

PÍA Anoche, cuando hicimos el trato de los muebles, quedamos en que por los cuatro mil quinientos reales me los llevaba todos, ¿no es así?

FRANC. ¡Así es!

PÍA ¡Pues no es así! Ahora, al hacer los mozos uno de los viajes, he echado de menos un armario.

FRANC. Será ese.

PÍA Justo, ese mismo, que lo estuve mirando ayer.

FRANC. Pues ese estaba vendido anteriormente al papá de esta señorita, y mi hermano se lo diría á usted.

PÍA A mí nadie me ha dicho una palabra, y el trato es trato. Pues, hombre, tendría que ver. Lo único decente que tenían ustedes en la casa.

FRANC. Lo siento mucho, pero...

PÍA — No hay pero que valga; ó me lo llevo ó no hay nada de lo dicho. Me devuelve usted mi dinero y usted se queda con sus trastos.

FRANC. — ¡Oiga usted! ¡Lo que es eso!

PÍA — Pues, sí, señora, que se quedará usted. ¡No faltaba más! ¿Usted qué se ha figurao?

FRANC. — ¡Yo!. .

LEON. — No se incomoden ustedes. (Interponiéndose.) Tal vez pueda arreglarse todo... Con permiso de usted. (A doña Pía.) Oiga usted un momento. (A Francisca, llevándola junto al armario.) Se me ha ocurrido una idea. Aunque papá me riña luego, le diremos á esta señora lo que ocurre, y así salimos del apuro; que se lleve el armario.

ENR. — (Dentro.) ¡¡No!!

PÍA — ¿Eh? (Volviendo la cabeza.—Las dos tosen.)

FRANC. — Esta señorita dice que sin que esté aquí su papá no se atreve á decidir nada.

PÍA — Eso ya es ponerse en razón.—Esperaré á su papá de usted. (Se sienta.)

LEON. — (¡Ay, Dios mío!)

FRANC. — Es que no sabemos si tardará mucho.

LEON. — Pero yo se lo diré en cuanto venga. Puede usted volver más tarde.

PÍA — ¡Naturalmente que volveré! (Levantándose.) ¡Como que en seguida me quedo yo sin lo que es mío! Para eso lo he pagado en más de lo que vale.

FRANC. — Bueno, bueno, basta de conversación. (Incomodada.)

PÍA — ¡A mí no me levante usted el gallo!

LEON. — ¡Silencio, por Dios!

PÍA — ¡Pues, hombre, era lo único que me faltaba; que me viniera usted ahora con esos humos! ¡Cuidao con la señora!

FRANC. — (Si no estuviera aquí la niña, ya te contestaría yo.)

LEON. — ¡Vaya usted con Dios, señora, vaya usted con Dios!

PÍA — Abur, señorita, hasta luego, y usted disimule; pero; hija, cada vez me convenzo más de que para tratar con cierta gente, hay que tener mucho ojo! (Vase.)

ESCENA IX

DICHOS menos DOÑA PÍA

FRANC. ¡Oiga usted, insolente!

LEON. ¡Por favor! Déjela usted.

FRANC. Decirme á mí que si... El demonio de la... ¡tuerta!

ENR. (Asomándose.) ¿Se ha marchado ya esa víbora?

LEON. ¡Sí, ya se ha ido!

ENR. Bueno, pues á ver si se les ocurre á ustedes algo para sacarme de aquí, que yo no puedo más. Estoy entumecido; me dan unos calambres atroces y estoy haciendo unos equilibrios imposibles.

FRANC. Pues, hijo mío, paciencia, no haberse metido donde no le llamaban.

LEON. Por eso la idea mía era la mejor. Si esa mujer se hubiera llevado el armario, ya estarías libre, porque en la escalera te hubiera sacado...

ENR. (¡Sí, los ojos!) (Campanilla.)

LEON. ¡Ay! Llaman. ¡Si será papá!

ENR. ¡Vaya! Pues hasta luego. (Se oculta.)

FRANC. Si es él, yo procuraré entretenerle. (Va á la puerta.) ¡No! ¡Es mi hermano!

LEON. ¡Somos felices!

ESCENA X

DICHOS y DON CIRIACO, luego TOMASA

CIR. Ya está todo arreglado. Saldrá el equipaje en doble pequeña.

FRANC. Bueno, bueno. ¿Tienes tú la otra llave de ese armario?

CIR. Sí, mujer. En verdad que se me había olvido dársela á su papá de usted. (A Leonor.) Aquí está. (A Francisca.)

FRANC. Trae. (Sé la toma.)

LEON. Démela usted. (Va al armario.)

FRANC. Abra usted. ¡Abra usted pronto! (Leonor abre el armario.)

ENR. (Presentandose.) ¡Gracias á Dios!

CIR. ¡Canastos! (Asustado.) Pero, ¿qué es esto?

FRANC. ¡Nada! Ya te lo explicaremos.—Ande usted, hombre, lárguese cuanto antes.

LEON. ¡Sí, por Dios! ¡Vete!

CIR. (¡Caramba con la niña!)

ENR. Si es que no puedo andar. ¡Déjenme ustedes que me estire! ¡Ustedes no saben lo que es estar catorce horas como un emparedado!

CIR. (¡Catorce horas!)

ENR. ¡Tengo dormidas las piernas, me duelen todas las articulaciones! (Al estirar los brazos, da con uno de ellos á D. Ciriaco.)

CIR. ¡Pero, hombre!

ENR. Usted dispense. Si no sé lo que me hago. ¡Ay, qué alegría da el estar libre! El poderse mover uno á su gusto. (Dando saltitos.)

FRANC. Bien, bien, muévase usted todo lo que quiera; pero en la calle. Corriendo, corriendo; necesita usted ejercicio.

ENR. ¡Ah! ¡Señora! No olvidaré nunca lo que ha hecho usted por mí. (Abrazándola.) ¡Y usted, caballero! (Yendo á abrazarle.) Y tú... (Al ir á abrazar á Leonor, le detiene Francisca por un brazo, obligándole á dar la vuelta tan rápidamente, que abraza otra vez á Francisca.)

CIR. Pero yo no me explico, ¿quieren decirme?...

FRANC. Ya te lo diremos, hombre, no seas pesado.

ENR. Adiós, señora... Caballero, beso á usted la mano.

TOM. ¡Señorita! ¡Señorita!

ENR. (Abrazándola.) ¡Gracias, Tomasa!

TOM. ¡Cómo! ¡Ha salido usted! ¿Precisamente ahora?

LEON. ¡Sí, ahora!

TOM. Ahora que sube el señor por la escalera.

ENR. ¡María Santísima!

LEON. ¡Jesús!

FRANC. ¡Jesús, María y José!

TOM. (Yendo á la puerta.) Ya está ahí.

LEON. ¿Dónde te ocultas?

ENR. ¡En el armario no! Aquí... (Se dirige á la puerta primera de la izquierda.)

LEON. ¡No! ¡Ese es mi cuarto!

FRANC. Aquí, en cualquiera parte. (Le empuja hacia la puerta foro derecha.) ¡Ande usted! (Enrique entra y Francisca cierra la puerta.)

LEON. ¡Que es la alcoba de papá!

FRANC. ¡Que lo sea! Ya no hay remedio.—¡Y tú te callas! (Á D. Ciriaco.)

CIR. (Pues, señor, que no lo entiendo.) (Pausa.)

ESCENA XI

FRANCISCA, LEONOR, DON CIRIACO y ORTIZ

ORTIZ ¡Oh, señores! ¡Tanto bueno por esta casa! ¿Cómo están ustedes?

CIR. Perfectamente.

FRANC. Muy bien. (¡Pero, qué simpático es este hombre!)

ORTIZ ¿Qué es eso? ¿Ya se marchan ustedes?

CIR. (A Francisca.) ¿Nos marchamos?

LEON. (No se vayan ustedes.) (A Francisca.)

FRANC. Nos quedaremos un ratito... Afortunadamente ya hemos terminado nuestra faena.

ORTIZ Sí, ya he oido desde bien tempranito subir y bajar á los mozos y mover los trastos.

FRANC. ¿De modo que le hemos hecho á usted madrugar?

ORTIZ Sí, y ahora me alegro. He ido á la peluquería y me he dado luego un paseito que me ha sentado perfectamente. Pero siéntense ustedes. (Se sientan.) Es decir, sentémonos, que yo también estoy algo cansado. (La pausa de todas las visitas antes de empezar la conversación.) Conque ¿ya se dió fin á la almoneda?

CIR. Sí, señor; aunque mal, lo hemos vendido todo.

FRANC. Por cierto que hace un momento no sabe usted el disgusto que he tenido. ¿Querrás creer (A Ciriaco.) que esa mujer que nos ha comprado los muebles ha estado aquí para reclamar ese armario?

CIR. ¿Cómo?

FRANC. Asegura que tú no le dijiste nada de haberlo vendido anteriormente.

CIR. Pues asegura con razón, porque la verdad es que no me he acordado de advertírselo.

FRANC. Ciriaco, eres un... (Con furia, de pronto se contiene.) Un hombre de una memoria desdichada.

CIR. No lo niego. (Si no estamos aquí me pone como un trapo.)

FRANC. Pues no sabes lo grosera y lo imprudente que ha estado la tal mujer.

LEON. ¡Ay, muy imprudente!

FRANC. Como que hasta ha llegado á decir que deshace el trato y nos reclama el dinero si no incluímos el armario entre lo vendido.

CIR. Se le indemnizará.

ORTIZ No, no, de ninguna manera. Pues no faltaba más. No quiero que por mí tengan ustedes una cuestión. Si vuelve, que se lo lleve. Ahí tiene usted la llave. (Da la llave á Don Ciriaco.) Felizmente aún no habíamos metido nada en él.

LEON. No, no habíamos metido nada.

FRANC. (¡Claro! Se metió él solo.)

ORTIZ Conque ¿cuándo es la marcha, decididamente?

FRANC. (Suspirando) Esta noche en el tren correo.

CIR. Ya no tenemos nada que hacer. Luego iremos á almorzar por ahí... ¿no te parece? (A Francisca.)

ORTIZ ¿Cómo por ahí? De ninguna manera. Hoy almuerzan ustedes con nosotros.

LEON. Muy bien pensado.

CIR. Como usted guste.

FRANC. Si ustedes se empeñan...

ORTIZ ¡Pues es claro! Y ya que han terminado ustedes sus quehaceres, se pasan aquí el día tranquilamente hasta la hora de ir á la estación!—Yo ya no salgo de casa.

LEON. (¡Ay, Dios mío!)

FRANC. (Estamos como queremos.)

ORTIZ Y ahora, con permiso de ustedes, me alige-

raré un poco de ropa. Voy á mi cuarto... (Levantándose.)

LEON.
FRANC.
CIR. } ¡No! (Muy á tiempo y levantándose.)

ORTIZ ¿Eh?

FRANC. No se mude usted ahora. Vendrá usted sofocado.

ORTIZ He descansado ya. No hago más que ponerme el batín.

LEON. Yo te lo traeré papá. (Corriendo hacia la alcoba.)

FRANC. Nosotros se lo traeremos á usted.

ORTIZ Señora, por Dios...

CIR. Déjela usted, déjela usted.

FRANC. Esto lo hago yo con muchísimo gusto.

ORTIZ Muchas gracias... (Leonor y Francisca vanse por el foro de la derecha, entreabriendo la puerta lo puramente preciso para entrar.)

ESCENA XII

DON CIRIACO y ORTIZ

CIR. ¿Ve usted mi hermana? Si no lo hace ella todo, no está satisfecha.

ORTIZ A propósito, amigo D. Ciriaco. ¿Le ha dicho usted ya algo de lo que hablamos ayer?

CIR. No, señor; es decir, le he indicado... pero...

ORTIZ Vaya, vaya, veo que usted por delicadeza acabará por no decírselo. El tiempo apremia y se hace necesario que se lo diga yo mismo. A los postres del almuerzo es la gran ocasión.

CIR. Sí, bueno; á los postres.

ORTIZ Me parece que se va usted solito á Lugo.

CIR. (¡Ojalá!)

ESCENA XIII

DICHOS y LEONOR y FRANCISCA con el batín

LEON. (Aparte á Francisca.) (¡Qué asustado está el pobrecito!)

FRANC. (Aparte á Leonor.) (El caso no es para ménos.) Aquí tiene su batín.

ORTIZ Pues señora, con su permiso... (Se quita la americana que dejará sobre una silla.)

FRANC. (¡Cuando digo que es muy simpático!) (Sostiene el batín por la derecha y Leonor por la izquierda.) Ande usted.

ORTIZ Tanta amabilidad... (Mete el brazo derecho: al querer introducir el izquierdo no puede, porque Leonor, preocupada, sostiene demasiado alta la manga.) ¡Hija, por Dios!

LEON. ¡Ah, sí!

FRANC. Deje usted, deje usted. (Se lo acaba de poner.)

ORTIZ ¡Muchísimas gracias! (¡Lo dicho, esta señora es una adquisición!)

CIR. ¿Un cigarrito, señor Ortiz? (Ofreciéndole un pitillo.)

ORTIZ Lo agradezco, pero no fumo papel. — Voy á darle á usted un purito suave. (Saca la petaca que estará en la americana.) No, no son estos. — Voy por ellos. (Se dirige á su cuarto.)

LEON. FRANC. Y CIR. ¡No! (Muy á tiempo.)

ORTIZ ¿Eh?

CIR. No se moleste usted.

ORTIZ No es molestia.

LEON. Yo te los traeré, papá. (Deteniéndole.)

FRANC. Nosotras se los traeremos.

ORTIZ De ninguna manera. Los tengo guardados. (Entra en el cuarto, cerrando la puerta.)

LEON. ¡Ay, Dios mío de mi alma! (Pausa.)

FRANC. ¡Lo mata!

CIR. Pero ¿quieres decirme?... (Á Francisca.)

FRANC. Lo mata. ¡cállate, por Dios!

LEON. ¡Yo me muero! (Escuchan con ansiedad mirando al cuarto.)

FRANC. ¡Animo! ¡Animo!

CIR. ¡No lo mata, no!

LEON. No se oye nada. (Se presenta Ortiz, dejando de par en par las puertas de la alcoba.)

ORTIZ ¡Verá usted qué tabaco tan aromático!

LEON. (¡No le ha visto!) (Francisca y Leonor se tranquilizan.)

CIR. Lo guardaré para después del almuerzo.

ORTIZ Como usted guste.

CIR. Y ahora, con permiso de ustedes, voy un momento arriba, á ver como anda aquello. (¿Me llevaré al papá?) (Á Leonor.)

LEON. (¡Sí!)

CIR. Señor Ortiz, ¿quiere usted acompañarme? tengo allí unos libros muy curiosos que no he querido vender; le gustarán á usted. Ande usted, no hacemos mas que subir y bajar.

ORTIZ No, los veré luego. Cuando usted los baje. Ahora voy á aprovechar el tiempo hasta la hora del almuerzo, contestando á unas cartas.

CIR. (¿Qué le vamos á hacer? No quiere.) Aparte á Leonor.) Hasta luego.

ORTIZ Voy con usted.

CIR. ¿Arriba?

ORTIZ No, hasta la puerta.

CIR. No se moleste usted.

ORTIZ Me quedo en mi despacho.—Ya sabe usted que está en su casa. (Á Francisca.) Pase usted. (Á Ciriaco.)

CIR. Usted primero.

ORTIZ Vamos, hombre. (Vanse puerta primera derecha.)

ESCENA XIV

FRANCISCA, LEONOR y ENRIQUE

LEON. (Cerrando la puerta primera de la derecha.) Todo se conjura contra mí. Ya no puede salir Enrique sin que papá lo vea. ¿Por dónde le echamos ahora?

FRANC. Pues, hija, como no le echemos por el balcón...

LEON. ¡Ya lo creo! ¡Si no fuera piso segundo!

ENR. (Asomando por debajo de la cama.) ¡Chis! ¡Chis!

LEON. }
FRANC. } ¡Eh! (Toda esta escena en voz muy baja; con el aliento solo.)

ENR. ¿Puedo salir?

LEON. Ahora comprendo que papá no le haya visto.

FRANC. Sí, hombre, salga usted.
ENR. ¿Qué hacemos? (En voz natural.)
LEON. Ante todo hablar muy bajito. Papá está ahí al lado.
ENR. ¿Y cómo salgo? (Rapidísimo desde aquí hasta el final de la escena.)
LEON. No lo sé.
FRANC. Ni yo.
ENR. Es preciso tomar una determinación.
LEON. Sí. Al momento.
FRANC. En seguida.
ENR. Miren ustedes que estoy muy en peligro.
LEON. Y yo.
FRANC. Y yo, sin comerlo ni beberlo.
LEON. Por ahí no hay que pensar en que salgas; te vería papá.
ENR. ¿Y por allí?
LEON. Tampoco.
ENR. Pues ¿por dónde?
FRANC. ¡Ah! (De pronto.)
ENR. }
LEON. } ¿Qué? (Asustados.)
FRANC. ¡Una idea!
LEON. ¿Sí?
ENR. ¿Cuál?
FRANC. Esa mujer va á venir por el armario.
LEON. ¡Es verdad!
ENR. ¿Y qué? (Aterrado.)
FRANC. Se mete usted, echamos la llave y se le llevan.
ENR. ¡Un demonio!
LEON. Pero, ¿por qué?
ENR. ¡Porque no!
FRANC. Pues no hay más remedio.
ENR. Yo no vuelvo á meterme ahí.
FRANC. ¡Usted compromete á esta señorita!
LEON. Tú me comprometes.
ENR. Yo sí que estoy comprometido.
LEON. Es el único medio de que no te vea papá.
ENR. ¡Pero me verá ella!
FRANC. ¿Quién?
ENR. La tuerta.
LEON. Eso importa poco.
ENR. Importa cuarenta y cinco duros.

LEON. ¿Cómo?
FRANC. ¿Qué?
ENR. ¡Nada!
(Hablando los tres á la vez y concluyendo á un tiempo.)
FRANC. El hombre que como usted ha cometido una imprudencia tan grande, no tiene más remedio que sacrificarse cuando llega la ocasión, para dejar incólume la reputación de una hija de familia, y aceptar el medio de salvación que se le ofrezca, por peligroso y duro que lo encuentre.
LEON. Debes comprender que mi situación es muy comprometida, por culpa tuya, y que cuando al fin y al cabo encontramos una tabla de salvación no hemos de desaprovecharla, á menos que prefieras que por una imprudencia semejante me vea yo expuesta á sufrir las durísimas reprensiones de mi padre.
ENR. Yo tengo razones poderosísimas para no aceptar el medio de salvación que ustedes me proponen, y si comprendieran ustedes el apuro en que ahora me encuentro, desistirían seguramente de su idea, que, aunque parece razonable, es de lo más desdichado que se le puede ocurrir á cualquiera.
ORTIZ (Dentro.) ¡Leonor!
LEON. ¡Papá! (Va á la primera puerta de la derecha y la sujeta por el tirador.)
FRANC. ¡Su padre!
ENR. ¡Dios mío!
FRANC. ¡Adentro! (Empujándole.)
ENR. ¡Canario!
LEON. ¡Que viene!
FRANC. ¡A escape!
ENR. ¡Señora! (Le obliga á entrar en el armario.
FRANC. ¡Silencio! (Cierra el armario y se guarda la llave. ¡Ya está!

ESCENA XV

DICHOS y ORTIZ

ORTIZ ¡Leonor!
LEON. ¿Qué quieres, papá?

ORTIZ ¿Has dado ya las órdenes para que dispongan el almuerzo?

LEON. ¡Ay! ¡No!

ORTIZ ¿Ni has dicho que nos acompañan estos señores?

LEON. No me he acordado.

ORTIZ Pero, mujer, ¿en qué piensas? Anda, ve y díselo á la cocinera.

LEON. Voy... (Tímidamente.)

FRANC. Sí, vaya usted, vaya usted.

ORTIZ ¡Ah!

LEON. ¿Eh? (Asustada.)

ORTIZ Que traigan ostras.

LEON. Está bien. (Vase por la puerta segunda de la izquierda.)

ORTIZ Anda, hija mía.

ESCENA XVI

DICHOS, menos LEONOR

ORTIZ Hoy esta niña está preocupada. ¿No lo ha observado usted?

FRANC. No.

ORTIZ Pues, sí, lo está, y yo sé por qué.

FRANC. (Asustada.) ¿Sí?

ORTIZ Sí, señora. ¡A mí no se me oculta nada!

FRNAC. ¿Cómo?

ORTIZ Cuando bajé antes, he preguntado á la portera y me ha dicho que hoy no ha parecido por la calle ese mequetrefe.

FRANC. (Es natural.)

ORTIZ Se conoce que el hombre me ha cogido miedo, y tiene razón, porque si vuelvo á echarle la vista encima, no respondo de mí. (Ruido en el armario.)

FRANC. ¡No volverá, no! (En voz muy alta.)

ORTIZ Y ahí tiene usted el motivo de la preocupación de la niña; pero esto le durará poco. Antes de ocho días ya no se acuerda de él. ¡Es una criatura!...

FRANC. ¡Es un angel! (¡Pero qué simpático es este hombre!)

ESCENA XVII

DICHOS, DON CIRIACO, DOÑA PÍA y MOZO 1.°

CIR. (Dentro.) Pase usted, pase usted por aquí.
FRANC. Ahí está mi hermano.
PÍA. Tenga usted muy buenos días.
ORTIZ Felices.
CIR. Ya he dicho á esta señora que usted no tiene inconveniente en cederle el armario, y viene para llevárselo.
ORTIZ Por mí, que se lo lleve cuando quiera.
FRANC. Sí, sí, cuanto antes.
PÍA. Ahora bajará el otro mozo que está arriba ocupao, ¿sabe usted? Pero en el entretanto vamos liándolo. (El mozo 1.° saca de la faja un martillo, y subiéndose á una silla da algunos golpes en el armario, como para quitar la escarpia que lo sujeta á la pared.)
CIR. (A Francisca.) (¿Qué ha sido de ese hombre?)
FRANC. (Está dentro.) (A don Ciriaco.)
CIR. (¿En la alcoba?) (A Francisca.)
FRANC. (No, en el armario.) (A Ciriaco.)
CIR. (¡Zambomba!)
FRANC. (Acompaña á esa mujer cuando se vaya, y adviérteselo para que no le sorprenda.) (A Ciriaco.)
PÍA. (Bajando al primer término, y dirigiéndose á Ortiz.) Caballero, usted disimulará si me llevo ese mueble, pero ya habrá usted comprendido que toda la razón estaba de mi parte.
ORTIZ Sí, sí, no hablemos más de eso.
PÍA. Es que como esa señora decía que si esto que si lo otro, que si tal que si cual, yo por eso lo he reclamado; ¿sabe usted?
MOZO (Que por la rotura del armario, mira hacia el fondo del mismo.) ¡Señora!
PÍA. ¿Qué hay?
MOZO ¿Nus lu hemus de llevar con lu que tiene drentu?
ORTIZ No tiene nada.
FRANC. ¡No tiene nada, no!

MOZO Pues yo veu un bultu que se mueve.

FRANC. ¡No puede ser!

ORTIZ ¡Quién sabe! Acaso la niña haya guardado algo.

PÍA. Pues, yo, lo que no es mío no lo quiero. Vamos á ver lo que es. (Se dirige á abrir el armario.)

FRANC. (¡Ay, Dios mío!) Señor de Ortiz...

ORTIZ Señora...

FRANC. Me parece que... que la niña le ha llamado á usted.

CIR. ¡Sí! Le ha llamado á usted.

ORTIZ ¿Sí? No he oído... Voy á ver... (Al dirigirse á la puerta segunda de la izquierda, abre doña Pía el armario y retrocede asustada.)

PÍA. ¡María Santísima!

MOZO ¡Un señuritu! (Enrique aparecerá en cuclillas y de espaldas al público, como queriendo ocultarse.)

ORTIZ ¿Eh? (Volviéndose.)

FRANC. ¡Jesús! ¿Qué es eso? (A Ciriaco.) (¡Sorpréndete, hombre!)

CIR. (Fingiendo sorpresa.) ¡Ah!

ORTIZ ¿Qué hace usted ahí? ¿Quién es usted? (Acercándose á Enrique violentamente, cogiéndole de un brazo y haciéndole salir del armario.) ¡Vamos, hombre!

PÍA. (Admirada.) ¡Don Enriquito!

ORTIZ ¡Usted!

ENR. ¡Yo!...

ORTIZ ¡Voy á matarlo!

FRANC. ¡Por Dios, señor Ortiz!

ORTIZ ¡Suélteme usted, señora!

LEON. (Que aparece.) ¡Dios mío de mi alma!

ORTIZ Déjeme usted, hombre. (A don Ciriaco, que también le contiene.)

ENR. ¡Yo me explicaré, yo me explicaré! (Temblando.)

ORTIZ Pronto, ¿qué hacía usted ahí?

ENR. Deje usted que me explique.

ORTIZ ¡Vamos! (Con furor.)

ENR. De todo esto nadie tiene la culpa más que usted.

ORTIZ ¿Yo?

ENR. (Casi sin voz, balbuciente y turbadísimo.) Sí, señor, sí. Ayer, porque usted no me viera arriba,

en la almoneda, me metí ahí dentro, echó usted la llave y aquí me trajeron.

ORTIZ ¿Cómo?

ENR. Y me ha sido imposible salir.

ORTIZ Pero, mi hija no sabía que?...

FRANC. No, su hija de usted no sabía nada.

LEON. Yo no sabía nada, papá. (Presentándose.)

ENR. ¡Nadie sabía nada!

ORTIZ ¿De manera que se ha pasado usted ahí metido toda la noche?

ENR. Catorce horas y tres cuartos. (Mirando su reloj.)

ORTIZ Tres puntapiés es lo que yo voy á darle, si no se quita pronto de mi vista. (El mozo, asustado, se va.)

ENR. Sí me quito, sí, señor. (Disponiéndose á marchar.)

PÍA. Espere usted, que quiero yo acompañarle. (Cogiéndole.)

ENR. (¡Esta es otra!)

PÍA. (A Ortiz.) Me contengo aquí, porque estoy en casa ajena, ¿sabe usted? Pero á este caballerito tengo yo que ajustarle unas cuentas.

ORTIZ ¿Sí, eh?

ENR. (¡Calle usted, por Dios!) (A doña Pía.)

PÍA. No me da la gana de callar. Me debe tres meses de pupilaje. Pero ya ha llegado la ocasión de cobrarlos. ¡Ande usté palante! (Empujándole.)

ENR. Señora...

ORTIZ (Amenazándole.) ¿Se va usted, ó no?

ENR. Sí, señor, sí. Que ustedes lo pasen bien. (Vase aterrado.)

PÍA. ¡Le cobro los cuarenta y cinco duros, aunque me cueste dormir en la prevención! (Vase.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS, menos DOÑA PÍA y ENRIQUE

ORTIZ ¡No sé cómo he podido contenerme!

LEON. ¡Papá, por Dios, tranquilízate!

FRANC. Sí, tranquilícese usted. ¿Quiere usted una tacita de tila?

ORTIZ No; lo único que quiero es decir á usted lo

que he debido decirla antes.—Ahora me convenzo más que nunca de que en esta casa, y al lado de mi hija, hace falta una señora de cierta respetabilidad.

FRANC. Exacto, exactísimo.

ORTIZ ¿Quiere usted renunciar á su viaje á Lugo?

FRANC. Yo...

CIR. (¡Ay!)

ORTIZ ¿Quiere usted quedarse en esta casa?

FRANC. Yo... (Tengo el corazón como un cartucho de dinamita.)

ORTIZ Pues, acabemos de una vez, las cosas claras.

CIR. (¡Ay!)

FRANC. (¡Es una declaración á quema-ropa!)

ORTIZ Señora: la ofrezco á usted... cuarenta duros mensuales y mantenida.

CIR. (Se la soltó.)

FRANC. ¿Cómo?... ¿Qué?... ¡Yo!... ¡Jesús! (Cae desmayada sobre su hermano.)

ORTIZ ¡Señora, qué es esto! ¡Se ha desmayado! (Acudiendo á auxiliarla.)

LEON. ¡Tomasa, agua, pronto!

CIR. ¡Esto ya me lo temía yo!

ORTIZ ¿Pero, qué, le habrá parecido poco?

CIR. No, le ha parecido demasiado.
Mujer, vuelve en tí si puedes.
¡Le ha hecho el efecto de un rayo!

FRANC. Si no me aplauden ustedes, (Al público.)
no vuelvo de mi desmayo.
(Cae otra vez desmayada.)

FIN DE LA COMEDIA

NOTA IMPORTANTE

El armario debe ser de los llamados de luna, pero sin espejo; de una sola hoja, con buena cerradura, sólidamente construído y sin copete; de manera que el tablero-cubierta esté al nivel de la cornisa. A este tablero le faltará la tabla central, dejando el espacio preciso para que el actor saque cómodamente la cabeza. Con objeto de que esto se haga sin esfuerzo, el armario tendrá en la parte baja interior un cajón cerrado, de la altura suficiente para que colocado sobre él el actor pueda asomar la cabeza sin violencia de ninguna clase.

Señores directores de escena, ¡por favor! ¡No usen ustedes el *consabido* armario de guardarropía! ¡Protejan ustedes á los ebanistas!

¡Ojo! No se olviden ustedes de que se necesitan dos llaves.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2, de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, calle del Horno de la Mata 3, y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, plaza del Angel, 12.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de la Administracion.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.